

Agatha Christie[®]

SOPHIE HANNAH

MISTERIOSA NOCHE DE PAZ



UN NUEVO CASO DE **HÉRCULES POIROT**


ESPASA

Agatha Christie[®]

SOPHIE HANNAH

MISTERIOSA NOCHE DE PAZ

Un nuevo caso de Hércules Poirot

Traducción de Milo J. Krmpotić


ESPASA

SUMARIO

<i>Prólogo. Nochevieja de 1931</i>	7
--	---

19 de diciembre de 1931

1. Una visita inoportuna	15
2. Un viaje imprevisto a Norfolk	29
3. Llegamos a Munby	42
4. Un estado de terror	57
5. En la casa Frellingsloe	65
6. Arnold propone un trato	77
7. Una conversación con Vivienne Laurier	90
8. La cena	105
9. Una habitación con vistas	116

20 de diciembre de 1931

10. La pesadilla de Poirot	127
11. Las dos pistas	137

12. Un chapuzón en el mar, un baño y una lista. . .	151
13. El inspector Mackle hace las cosas con sus propias manos.	161
14. Dos árboles de Navidad por decorar.	170
15. En Duluth Cottage	187
16. Más árboles de Navidad que decorar	197
17. Las puertas y don Herirle la Cabeza	207
18. El árbol de la biblioteca	215
19. Preguntas sin respuesta.	223
20. Las reglas del juego de moralidad	234
21. El patrón verdadero	240
22. Tomo notas	248

21 de diciembre de 1931

23. En St. Walstan	263
------------------------------	-----

22 de diciembre de 1931

24. El aceite para resolver crímenes	279
25. La noche sin paz de Poirot	288

23 de diciembre de 1931

26. Un descanso profundo y sin sueños	297
27. La muerte de los hombres felices	305
28. Dicha y culpabilidad	313
29. Motivos y coartadas.	321

30. La mentira del cristal roto y la búsqueda de la verdad.	326
31. El patio revisitado	336
32. Al acecho	340
33. Misión cumplida	345
34. Objetos humanos	352
35. El escondite	366
36. La explicación del segundo asesinato	374

24 de diciembre de 1931

37. Una carta en el bolsillo.	393
------------------------------------	-----

25 de diciembre de 1931

38. Infalible	405
<i>Agradecimientos</i>	409

Capítulo 1

UNA VISITA INOPORTUNA

Poirot y yo estábamos comparando las ventajas del pavo y el pato, y cuál de ellos debía formar parte de nuestra comida de Navidad, cuando llamaron a la puerta del salón de su departamento en las Whitehaven Mansions.

—¡Adelante! —dijo.

Agradecí la pausa, pues iba a darme tiempo para reflexionar y decidir si había hecho todo lo posible y era razonable aceptar la derrota. Había estado defendiendo la opción del pavo, pero en realidad prefería el pato. Mis firmes convicciones sobre la importancia de la tradición me habían impelido a argumentar en contra de mi propio gusto personal. Puesto que Poirot iba a ser el anfitrión de las fiestas navideñas, probablemente debía permitir que se saliera con la suya, o al menos esa era la conclusión que había alcanzado cuando George, su ayuda de cámara, asomó la cabeza por la puerta de la estancia con cierta turbación.

—Disculpe la interrupción, señor, pero hay una

dama que quiere verlo. No tenía cita, pero dice que se trata de un asunto de la mayor importancia. Piensa que no puede esperar, ni siquiera hasta mañana.

—Puedo marcharme... —dije, ya medio en pie.

—No, no, Catchpool. Quédese. No estoy dispuesto a recibir una visita inesperada esta tarde. Me he dado cuenta de que, desde el disgusto del mercado de valores norteamericano, la mayoría de la gente es incapaz de calibrar con precisión la urgencia de sus dilemas.

Le dije que en Scotland Yard habíamos llegado a la misma conclusión.

—Se presentan ante mi puerta insistiendo en que necesitan la ayuda de Hércules Poirot. *Eh bien*, los escucho con paciencia y por lo general no se trata más que de un malentendido de sencilla resolución: un altercado trivial con un socio comercial o algún otro asunto de naturaleza parecida. Nada que pueda confundir o deleitar a las pequeñas células grises.

—Sí. Se magnifican las nimiedades, que pasan a verse como desastres —dije, pensando en la mujer que había irrumpido en mi despacho dos semanas antes con la exigencia de que investigara el «robo» de sus anteojos. Al día siguiente me llamó por teléfono para contarme que el desconocido malhechor se las había vuelto a dejar en el bolsillo de la chaqueta de jardinería; en otras palabras, ella misma las había guardado allí y lo había olvidado. «Por favor, considérela asunto cerrado», me dijo de manera abrupta, ignorante de que esa había sido mi resolución nada más verla.

Sentí que se me henchía el pecho de satisfacción, como cada vez que me acordaba de que faltaban apenas dos días para tomarme unas vacaciones de dos semanas de mi trabajo en Scotland Yard.

—¿Qué debo decirle a la señora Surtees? —le preguntó George a Poirot—. Así es como se llama la visita: Enid Surtees.

Al oírle repetir aquel apellido, me descubrí deseando estar en otro lugar. Algo se me había encogido en el interior del pecho. «Enid Surtees.» Qué extraño: no tenía ni idea de quién era, pero sí la convicción absoluta de querer que George la despidiera. ¿Había oído mencionar su nombre en algún otro momento? Una sensación de temor había caído sobre mí. Aunque en el salón de Poirot hacía calor, igual que siempre, de repente sentía frío en la nuca, como si alguien hubiera espirado un aliento gélido sobre ella.

Me quedé sentado en el sillón. Al fin y al cabo, no había sucedido nada. Algo estaba fuera de toda duda: no conocía a ninguna mujer llamada Enid Surtees.

—Hazla pasar, Georges —dijo Poirot. Y, cuando el ayuda de cámara hubo salido de la habitación, añadió—: Su renuencia evidente, Catchpool, ha hecho que el asunto se decidiera en favor de la señora. Una conocida suya, *n'est-ce pas*?

—No.

—Ah. Ahora siento curiosidad. No es lo que dice su expresión. Bien, no tardaremos en descubrirlo. Quizá le haya roto el corazón a otra jovencita. —Se rio por lo bajo.

—Nunca le he roto el corazón a una mujer.

—*Mais ce n'est pas vrai*. ¿Qué hay de Fee Springs, que...?

—Hay mujeres que se rompen el corazón de manera bastante... unilateral —dije—. Si la de romper corazones es una ocupación activa, puedo asegurarle que yo jamás me he prestado a ella deliberadamente.

—Ah, ¿de modo que eso es lo que usted cree, amigo mío?

—Unas cuantas charlas amigables con una camareira, nada más, algo inevitable si uno desea que le sirvan café en un establecimiento, y a ella se le ocurre, sin ningún otro motivo...

George llamó e interrumpió las conclusiones de la defensa. La puerta se abrió y por ella entró una mujer envuelta en abrigo, bufanda y sombrero de color azul marino. Con gran eficiencia, procedió a despojarse de las tres prendas. George las recogió del brazo del sofá y retrocedió cerrando la puerta del salón tras de sí.

Debí de quedarme boquiabierto. No pude evitar emitir un sonido indecoroso que ninguna combinación de letras del alfabeto podría reproducir de manera acertada.

Poirot se puso en pie y le tendió la mano, que aquella intrusa exasperante y despreciable se apresuró a estrechar. (¿La conocía yo? ¡Ay, vaya que sí!)

—Buenas tardes, madame Surtees.

Era una mujer alta y huesuda, de cabello dorado, rostro cuadrado y pálido, y ojos penetrantes de color azul claro. Por citar uno de sus dichos favoritos, no pa-

recía pasar «un solo día de los sesenta, porque verás, Edward, siempre he evitado el sol. Deberías pensar en hacer lo mismo, o tendrás la cara y el cuello tan curtidos como los de tu padre en cuanto llegues a los cuarenta». En realidad, estaba mucho más cerca de los setenta que de los sesenta, pues iba a celebrar su septuagésimo aniversario en marzo del año siguiente.

No se llamaba Enid Surtees.

—Hola, madre —dije.

—*Pardon?* —dijo Poirot—. *La mère?* —Me miró y se volvió hacia ella—. ¿Usted es...?

—Me llamo Cynthia Catchpool, monsieur Poirot. Soy la madre de Edward, por suerte o por desgracia. Me temo que he tenido que recurrir a una falsedad para asegurarme de que me recibiera. Enid Surtees es una conocida mía.

Pues claro. Por eso me sonaba aquel nombre. Me lo había recitado mi madre, entre muchos otros, en su intento de obligarme a pasar las Navidades con ella y una colección de absolutos desconocidos en un pueblo diminuto de Norfolk donde «de veras tendrás la sensación de estar más allá del fin del mundo, Edward. Es encantador».

Hasta donde yo sabía, cuando uno llegaba al fin del mundo no había nada «más allá». Aquello sonaba fatal. En los últimos tiempos me había dado cuenta de que cada vez me costaba más salir de Londres. Cuando me alejaba demasiado de la gran ciudad, la vida y la fuerza parecían detenerse, o por lo menos me daba la sensación de que me costaba respirar.

Y la vida no conllevaba un esfuerzo mayor, para mí al menos, que el del tiempo que pasaba en compañía de mi madre. Ya estaba atrapado por la tradición férrea de pasar con ella las vacaciones veraniegas todos los años en Great Yarmouth. Nada podría llevarme a añadir un calvario invernal a mis cargas filiales. Era consciente de que, en caso de satisfacerla una sola vez, madre esperaba que la situación se repitiera año tras año sin falta. No había pasado la Navidad con ninguno de mis padres desde los dieciocho años y no sentía el menor deseo de comenzar a hacerlo en aquel momento.

Al parecer, no me oyó la primera vez que le contesté con firmeza «No, gracias». Ansiosa, madre había proseguido con su campaña, elevando la voz cada vez que intentaba hacerle reparar en mi disconformidad. Había hecho una lista con la gente que pensaba ir a Munby-on-Sea —Enid Surtees era una de esas personas— y repetía que íbamos a pasar unas Navidades maravillosas todos juntos, participando en juegos de los que yo nunca había oído hablar («¡Mucho más pícaros y provocativos que cualquier cosa que yo pudiera inventar, estoy segura!»), en la que debía de ser la mansión más hermosa de toda Inglaterra.

—Deslumbrante de verdad. ¡Una joya! Se podría decir que es una obra de arte: la casa Frellingsloe, conocida como Frelly entre sus asiduos... ¡Y tú no tardarás en ser uno de ellos, Edward! Se encuentra en la punta más alejada de la costa de Norfolk, al borde de un acantilado espectacular. Hay un sendero que lleva directamente desde la puerta de atrás hasta una esca-

lera que conduce a una playita. ¡Es perfecto para ti! Sé que te encanta zambullirte en el agua helada. Ah, y las vistas desde la casa son magníficas. Se puede ver hasta... hasta el país como se llame que hay al otro lado del mar. —Hizo un gesto con la mano en una dirección al azar. Acto seguido, se le desencajó la expresión—. Quizá sea la última oportunidad que tienes de ver Frelly, cariño.

—Ver una casa cuya existencia desconocía hasta hace un momento no es que se encuentre entre mis ambiciones —le dije.

—Es algo muy triste —prosiguió madre—. Me temo que la pobre y vieja Frelly está condenada..., pero solo porque todo el mundo se está rindiendo con demasiada rapidez. La desintegración del litoral en esa parte de Norfolk está siendo atroz. No entiendo cómo es posible que nadie se haya propuesto reemplazar la arcilla defectuosa por una de mejor calidad. Tiene que existir en alguna parte. Sin duda ha de haber alguien con el ingenio necesario para encontrarla y llevarla hasta Munby. Todos tendrían que dejarse de titubeos y ponerse manos a la obra, porque de otro modo la pobre Frelly no tardará en caer al agua y desaparecer. Yo misma me encargaría de ello si no fuera porque..., bueno, no es a mí a quien le corresponde. Además, mis conocimientos sobre arcilla son nulos. Y es tan difícil encontrar la manera de sacar el tema y discutirlo debidamente cuando ningún miembro de la familia lo menciona... Por mucho que nadie deje de pensar en ello en ningún momento. El miedo a esta

tragedia inminente planea sobre la cabeza de todos. Los expertos dicen que a Frelly le quedan tres o cuatro años como mucho.

Nada de lo que había dicho sonaba tentador en lo más mínimo, ni la casa de aciago destino que estaba a punto de ser engullida por las olas, ni la atmósfera de desastre en ciernes que según madre impregnaba cada grieta y cubículo de aquel edificio en peligro. Dando por sentado que yo iba a encontrar aquellas descripciones cargadas de dramatismo igual de irresistibles que ella (se las ingeniaba para no darse cuenta de que yo tenía mis propios gustos y voluntad, y de que no me limitaba a ser una réplica más joven y masculina de ella misma), pasó a enumerar todos los detalles, tanto atractivos como horripilantes, que se le ocurrieron en relación con la casa Frellingsloe y sus residentes: un miembro de la familia que se estaba muriendo de una extraña forma de cáncer; dos hermanas que vivían en la casa y se odiaban entre sí; sus padres, que no iban a perdonar a los padres de sus maridos (no pregunté por qué; al parecer, había involucradas demasiadas generaciones de demasiados clanes y uno tendría que haber sido genealogista para mantener el hilo), y el médico del lugar, que se alojaba allí y que con toda probabilidad estaba enamorado de la matriarca de la familia, «o que por lo menos no está enamorado de la mujer con la que se ha comprometido para casarse, eso es evidente. Es algo muy peculiar, Edward». Mientras tanto, la matriarca, de cuyo nombre no lograba acordarme (quizá se tratara de Enid

Surtees), «tramaba algo sin duda» con el otro inquilino de la casa, un joven coadjutor.

Madre también había farfullado alguna cosa sobre una dificultad financiera y había insinuado que su motivo era un misterio, aunque quizá explicara la presencia en la casa de dos huéspedes de pago.

Mientras escuchaba horrorizado los detalles del embrollo en apariencia corrupto que ella esperaba imponerme durante el total de las fiestas navideñas, me apresuré a tramar un plan con el que ahuyentarla. Me inventé un compromiso previo con la esperanza de que hiciera las veces de obstáculo sólido e inamovible: le dije que Poirot me había invitado a pasar las Navidades con él. Y que, además, ya había aceptado y todo estaba organizado. (Algo que no tardó en volverse realidad, después de que yo lanzara una o dos indirectas.)

—Si me permite que se lo diga, madame Catchpool —la dureza en el tono de voz de Poirot me devolvió al problema que teníamos entre manos—, mucha gente le pondría excusas a una visita que se granjeara el acceso a su casa sirviéndose de falsedades. Y yo soy una de esas personas.

—Cosa que le elogio. —Madre le dirigió una gran sonrisa de aprobación—. Yo también protestaría con la mayor firmeza. —Se sentó en el sillón más cercano al fuego—. Prefiero con mucho decir la verdad siempre que sea posible, pero..., bueno, sé que usted entenderá lo complicada que puede ser a veces la vida, monsieur Poirot. ¡Usted mejor que nadie! He leído hasta la última

palabra que ha escrito Edward sobre sus proezas, así que sé que no duda usted en distorsionar la verdad cuando eso sirve a sus propósitos. Si hubiera dado mi verdadero nombre, mi hijo le habría instado a ahuyentarme. Estoy segura de que lo ignora, pero llevo años pidiéndole que nos presente. Edward me ha ofrecido todo tipo de excusas para justificar esa imposibilidad. Le gusta mantener las cosas separadas. Supongo que piensa que me encontrará usted un poco... *de trop*, como suelen decir sus compatriotas, los franceses.

—No soy francés, madame. Soy...

—¿Y si le pedimos a su criado que nos traiga un poco de té? —siguió parloteando madre antes de volverse y mirar expectante la puerta del salón, que permanecía cerrada—. ¿Y quizá algún bocadito delicioso? Así podremos hablar del asunto, que hemos de ponernos en marcha muy pronto.

—¿En marcha hacia dónde? —pregunté—. ¿Y qué asunto?

—Las Navidades. Puedes patalear todo lo que quieras, Edward, pero no hay nada que hacerle: me temo que monsieur Poirot y tú no podrán pasar las fiestas juntos en esta... sala. —Levantó la mirada hacia el techo y acto seguido la dirigió a la ventana.

Me pregunté si estaría comparando el tamaño del alojamiento de Poirot con la casa Frellingsloe, más amplia y majestuosa, o quizá con su propio hogar: la vasta y húmeda casa de campo de Kent en la que pasé la infancia, cuyas vigas de madera bien podrían haber sido los barrotes de una celda.

—No importa —dijo con alegría—. Ya habrá muchas otras Navidades en las que puedan hacer lo que les plazca... A Edward le gusta salirse con la suya siempre, y supongo que a usted también, monsieur Poirot. Este año, sin embargo, van a pasar las fiestas conmigo en Munby-on-Sea.

«Ni hablar», me dije en silencio, pero con contundencia. Esa Navidad con Poirot en Whitehaven Mansions era la parte de mis dos semanas de vacaciones que con más ilusión esperaba.

—No te molestes en poner excusas, Edward —dijo madre—. Los dos volverán conmigo esta tarde, en cuanto nos hayamos tomado el té y los pasteles. Monsieur Poirot insistirá en ello después de oír mi historia.

Me pregunté si estaba esperando que Poirot hiciera aparecer por arte de magia un surtido de pasteles de uno de los cajones del escritorio.

—*Quelle histoire, madame?* ¿Qué historia?

—La de Stanley Niven —contestó madre subrayando el nombre, como si debiéramos saber de quién se trataba. Hasta donde llegaba mi memoria, aquel no era uno de los nombres de la lista de participantes en el calvario navideño de Norfolk—. Es algo que nos está provocando un gran desasosiego, y pretendo ponerle fin —prosiguió—. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Sentarme y quedarme mirando por la ventana el interminable romper de las olas, sabiendo que en Londres mi hijo se encuentra en compañía del hombre que sin duda podría ayudarnos..., el único en todo el mundo que podría hacerlo, me atrevería a decir?

Deduje que madre se había instalado ya en la casa Frellingsloe mucho antes de las Navidades, ya que desde su casa de campo de Kent no se veía ninguna ola. Me pregunté si mi padre y ella habrían renunciado a convivir bajo el mismo techo y pensé que, en tal caso, no culparía a ninguno de los dos.

—¿Quién es Stanley Niven? —preguntó Poirot—. ¿Y qué problema ha provocado?

—Oh, él en concreto ya no es ninguna molestia para nadie... aunque debió de serlo en algún momento, porque de otro modo no le habrían dado en la cabeza con un jarrón tan pesado —contestó madre.

—¿Monsieur Niven fue objeto de un ataque?

—Más que de un ataque. Fue objeto de un asesinato. Ahora bien, el señor Niven en sí no tiene la menor importancia. Es un auténtico desconocido y ni nos va ni nos viene. No obstante, al dejarse asesinar donde lo hizo, en la habitación de ese pabellón hospitalario, ha creado un problema sustancial para una buena amiga mía. Para toda su familia, en realidad.

Pensé que era típico de madre creer que el hecho de que un hombre fuera asesinado solo tenía importancia si eso comportaba consecuencias adversas para ella y sus amigas.

—¿Monsieur Niven fue asesinado en un hospital? —preguntó Poirot.

—Sí, en uno pequeñito que hay a las afueras de Munby-on-Sea: el hospital rural de St. Walstan. Donde se supone que hay que salvar vidas, no acabar con ellas —remarcó madre, como si el desgraciado desti-

no de Stanley Niven hubiera demostrado la falta de solidez de la institución en su conjunto—. Hasta donde yo sé, al personal de St. Walstan no se le ha ocurrido ninguna idea que pueda conducir a la captura del asesino, y a la policía de Norfolk, tampoco. —Levantó las manos—. Los unos esperan que sean los otros quienes lo solucionen. La gente de Munby es especial, monsieur Poirot. Al parecer, no están motivados para hacer nada. Me pregunto si es la cercanía del mar lo que los lleva a ser así. En la costa, a uno le recuerdan en todo momento que no se puede ir más allá de la orilla. —Asintió con la cabeza, completamente de acuerdo consigo misma, como era habitual—. ¿Acaso hay algo más desalentador? La vida de los seres humanos se ve obligada a detenerse allí donde se acaba la tierra.

—A menos que uno tenga una barca —dije—. Si tanto odias la costa, ¿por qué tenemos que ir a Great Yarmouth cada año?

—Oh, el verano en la costa de Norfolk es una historia del todo diferente —contestó de manera abrupta—. ¿Tendrán la bondad de acompañarme a Munby, monsieur Poirot? ¿Edward y usted? Lo necesitan con desesperación. Stanley Niven fue asesinado el 8 de septiembre y la policía no ha averiguado nada que no supiera ya aquel día. ¡Es una desgracia! Han pasado más de tres meses y el caso sigue sin resolverse. Y mi amiga Vivienne ha vivido sometida a una angustia intolerable, algo completamente injusto, pues, como le digo, el señor Niven era un auténtico desconocido

tanto para ella como para el resto de nosotros. Si al menos lo hubieran asesinado en otra parte..., pero no fue así. —Madre suspiró—. Lo mataron en el pabellón 6 del hospital de St. Walstan y la pobre Vivienne se encuentra en un estado lamentable por ello.

—¿Por qué, si el tal Nivel era un desconocido para ella? —pregunté—. ¿Por qué está tu amiga tan consternada por el hecho de que lo asesinaran en ese hospital en particular?

—Si me pongo a explicarlo ahora perderemos el tren —contestó madre—. Tenemos que apresurarnos. Saldremos en cuanto nos hayamos tomado el té. —Volvió a mirar la puerta cerrada del salón—. Es decir, si está usted de acuerdo, monsieur Poirot. Por favor, dígame que puedo contar con su ayuda en esta cuestión.